

valencianos como los andaluces, los andaluces como los castellanos. Hasta treinta días después de inaugurado el Salón no ha llegado el envío de Gustavo Maeztu, único representante de la pintura vasca. En la sala de los catalanes sólo pueden mencionarse en justicia los cuadros de Mir, admirables como siempre, alguno de Nogué Massó y los remitidos por la Sociedad de Acuarelistas de Cataluña. Es decir, que vascos y catalanes, los más definidos caracteres pictóricos de España, apenas se han asomado al Primer Salón de Otoño.

El desvío de los catalanes es muy sensible. Yo he escrito ya en otra parte que no me explico el retraimiento de esos otros artistas que se llaman Casas, Anglada, Rusiñol, Beltrán Masses, Raurich, Moisés, Suñer, Cardona, Galí, Puig Perucho, Torres García y Ricardo Urgell. Cataluña, con un noble afán de engrandecerse intensificando su vida espiritual, fomenta, como ninguna otra región, el cultivo de las Bellas Artes. Sus numerosos centros de cultura lo acreditan. ¿Qué motivo podrá existir, pues, para que los pintores catalanes, siguiendo el ejemplo de las otras localidades de menor capacidad artística, regatearan su concurso a la primera Exposición de Arte libre?

Esto hace que agradezcamos más el envío de la Sociedad de Acuarelistas, donde abunda lo sobresaliente, tanto por la perfección técnica como por la variedad de estilos y matices.

Son dignas de toda estimación las intensas acuarelas de Arola, las vibrantes de Llavería, las delicadísimas de Farré, las desenfadadas de Fuster Banús, y por varios motivos las de Brunet, Queralt, Baixeras, Camins, Oller, Argilaga, Sabater, Vila Cinca, Soler Gili, Montany, Humbert, Torras, Berga y Armengol.

Los cuadros de Maeztu, *El orden* y *La fuerza*, obedecen a un concepto especial de los artistas nortteños, desdeñosos del color y la forma y devotos con pasión fanática del ambiente y el símbolo. Se me figuran demasiado alegóricos, pero robustos, con una robustez varonil, potente y honda. En cuanto a su estética, creo que pueden representar el punto de entronque de las tendencias clásicas vascas con los medios de expresión más modernos.

La otra nota avanzada corresponde a los polacos Marjan Paszkiewicz y Ladislao Jahl, falsos intérpretes del cubismo, a Gutiérrez Solana y a Vázquez Díaz. En la obra desconcertante de Solana hay cierta emoción fuerte que unas veces absorbe el mal gusto, como en *Las peña-*



Retrato.

J. Rodríguez Jaldón.

*doras*, y otras destaca sobre las imperfecciones interpretativas, como en *La tertulia de Pombo*. Lo que es imperdonable en pintor del talento de Solana es la obstinación atrabiliaria de emplear los negros opacos, sucios y deslustrados.

Más armónico, dentro de esa escuela pictórica desconocedora de los valores cromáticos, resulta Vázquez Díaz. Dos de sus lienzos, *Estudio para el retrato de Unamuno* y *El castigo*, tie-



El barrio de Cubillo (Riaza).

Paisaje de A. Gómez Alarcón.